

autor, al narrar la miserable existencia que arrastra ese infeliz ejemplar humano, que es el indio ecuatoriano.—LUIS DURAND,



LOS SANGURIMAS. Novela Montuvia ecuatoriana (1). por José de la Cuadra

La novela ecuatoriana pasa por un período de esplendor. Se ha desarrollado sin precedentes notables en el siglo pasado y con escasos indicios precursores en los comienzos del actual. Los nuevos escritores se dividen en dos o tres grupos. Entre ellos sobresale el del Guayas que abarca una zona considerable cuyo foco es Guayaquil, ciudad hasta ayer liberal y en la actualidad centro de inquietudes revolucionarias.

La novela del Guayas tiene dos o tres características intensas: preocupación social, estilo simple y directo, técnica novísima de grandes planos. En su primer aspecto es originalísima y entrega a la atención de los americanos todos los problemas profundos de la nacionalidad ecuatoriana: la explotación del campesino, la miseria ciudadana, la brutalidad de los gamonales, la rapacidad del clero y la ignorancia general de las masas.

Estos temas se repiten y alternan con dramatismo fecundo en los cuentos de Enrique Gil Gilbert, en las novelas de Aguilera Malta y de Pareja Diez Canseco y en los poderosos relatos de José de la Cuadra. En la sierra también existen idénticos escritores que afirman su garra crítica en parecidos tópicos que en la actual novelística americana se reproducen en México en las obras de José Mancisidor y de Francisco Sarquís, en Colombia, en los cuentos de Antonio García, y en Chile en algunos casos aislados como Sepúlveda Leyton, Jacobo Danke y Laurencio Gallardo.

---

(1) Editorial Cenit, Madrid.—1934.



José de la Cuadra es un escritor guayaquileño que ha merecido los honores de la edición europea y del comentario continental. Su personalidad es vigorosa y rica.

Así lo revela su reciente novela montuvia *Los Sangurimas* que hemos leído en relación comparativa con *Don Goyo*, de Aguilera Malta.

De la Cuadra es un escritor sin complicaciones ni exquisiteces. Ha buscado sus personajes en un campo doloroso y desesperanzado. O bien en el mundo tropical de los montuvios donde vencen la audacia; la violencia y el atropello. Podríamos anotar en este reciente libro de De la Cuadra dos clases de tipos; unos que viven esclavos del instinto y hacen pesar sus arbitrariedades sobre los explotados y aun en personas familiares como esos patológicos Sangurimas que dan color autóctono a la primera narración; y otros que se abandonan al triste fatalismo de sus existencias miserables y sin optimismo.

Entre ambas clases de tipos hay algunas estampas intermedias; el arrendatario inescrupuloso y voraz, el cura criollo y sacacuartos, el amo rapacísimo y tuno, la negra sensual y milagrera que mezcla en su vida lo supersticioso al deleite carnal.

Estos últimos tipos acentúan el rasgo crítico de De la Cuadra. Su pincel es crudo e impresionista. No se detiene morosamente en los detalles y no hace gran filosofía social sobre sus creaciones novelescas. Está distanciado de la literatura comunista mejicana que hace propaganda y predica ideas entre relato y relato.

De la Cuadra es un narrador amenísimo. Tiene el don de interesar con pocos elementos, aun en aquellos cuentos que son episodios descarnados sin gran composición ni esfuerzo en el estilo.

Por esto habría que precisar si la literatura de De la Cuadra es o no una expresión proletaria de arte. Creemos más bien que equivale a esa etapa crítica en que el escritor desvincula-

do de la burguesía nativa se coloca en una actitud de repudio a sus procedimientos feudales y a su inmisericorde predominio.

De la Cuadra es sobrio y posee una pupila sagaz de novelista. Toma lo esencial del paisaje y enclava en medio del campo, en la ciudad o en las orillas del río, a sus personajes.

La primera narración del volumen que comentamos es una novela de familia. Presenta una galería de patológicas creaciones, en que dominan los instintos primitivos desde Nicacio Sangurima, el abuelo de raza blanca, casi pura, hasta sus nietas María Mercedes, María Victoria y María Julia. Al lado de estas, anímanse unos extraordinarios sujetos llamados «Los Rugeles», que son hijos del Coronel Sangurima.

En esta familia montuvia todos se acechan y viven en una especie de guerra sorda de sensualidades, caprichos eróticos y degeneraciones sexuales.

Felipe Sangurima, apodado el «Chanchó rengo», vivía públicamente con su hermana Melania, Terencio Sangurima, cura de San Francisco de Baba, es ejemplar primitivo de ese fraile que florece en el trópico y que se ha ordenado casualmente sin haber hecho grandes estudios. Su padre decía de él: «Mi hijo cura sería un gran cura de no gustarle tres cosas: verija, baraja y botija».

La tragedia y el incesto se mueven con un aliento voraz entre estos individuos que no reconocen más moral que sus apetitos.

Un Sangurima mata a otro. Los Rugeles se llevan a la prima María Victoria, y después de violarla agregan el crimen al rapto y a la posesión.

En medio de esta ola de salvajismo, el viejo Sangurima se levanta como una trágica estampa que desenvuelve una filosofía justificadora de todas las depredaciones de sus hijos y nietos. Es algo elemental, primario y cavernícola, lo que dice este inolvidable tipo. Cuando Felipe, su hijo, comete un incesto, lo explica diciendo: «Le habrá gustado esa carne, pues. ¿Y? Lo que se ha de comer el moro, que se lo coma el cristiano, como decía

mi compadre»... Del mismo modo filosofa sobre el hijo cura, que tiene barraganas, se emborracha y se trenza en una solidaridad alcohólica con su hermano Ventura.

Las ideas sexuales y morales del viejo Sangurima, se repiten en los célebres Rugeles, especies de ídolos selváticos del abuelo.

Estos tenían por lema amoroso el siguiente: «La mujer no es de naiden, sino del primero que la jala. Mismamente como la vaca alzada. Hay que cogerla como sea. A las buenas o las malas».

La novela termina con la prisión de los Rugeles, y con un intento desesperado de liberación hecho por el coronel, padre de los asesinos y violadores.

«Los Sangurimas», es una novela que en otras manos habría dado material para unas quinientas páginas apretadas. De la Cuadra la ha condensado, la ha apretado hasta hacer de ella una esquema de tragedia. De ahí sus defectos, su excesivo impresionismo, la inconsistencia de algunas escenas. Pero, en todo caso, ha resultado un documento social formidable en que ha quedado prendida esa realidad ecuatoriana, que en otros aspectos acaba de revelar con nervio Jorge Icaza, en *Huasipungo*.

De la Cuadra, completa el volumen que nos ocupa, con cinco cuentos de calidad dramática, en que las notas desgarradoras y punzantes predominan por sobre todo sentimentalismo.

El primero se titula «Sangre expiatoria». Es un cuento de superstición y de muerte. Se destacan en él dos personas: Ña Macaria, negra guapetona y varonil; y el mocetón Juan Quishpe. La vieja devora la virginidad del muchacho y en seguida lo asesina. Hay en estas escenas un intento de penetración en la psicología de los negros, cuya sensualidad se mezcla a lo supersticioso. Está bien logrado y no se olvida el ataque epiléptico de Ña Macaria con que termina el relato.

«Candado» es la tragedia de una mujer llamada «la Piltrafa» y de su hijo. Es un cuento ciudadano en que Guayaquil sirve de escenario.

Sirve a De la Cuadra para satirizar la sordidez de los que dan limosna por interés. Cuando la Piltrafa solicita limosna para su hijuelo muchos le hacen caridad en cambio de una oración. Ella dice: La gente es muy interesada... Nunca da por gusto... El que menos, quiere que uno rece...»

Más adelante es un lego que da la sopa boba de un convento. Cuando el limosnero no rezaba al recibir su ración, al día siguiente se le pasaba por alto...

«Candado» se completa con el relato «Barraganía» en que se describe un prostíbulo del Guayas. Hay allí cuatro tipos bien bocetados: el dueño de la chingana, Nemesio, dos mujeres, Mariana y Laura, el amante y explotador de ambas, el sagra Jesús Tenén.

Las mujeres pelean, pero acaban siempre reconciliándose. Frente a ellas hay una estampa india, Pilote, que con sus frases venenosas es como el coro de esta pequeña tragedia abyecta.

También De la Cuadra coloca su ironía y su crítica en este cuento. Una de las mujeres al describir su deshonor dice: «A mí me malograron en Ríobamba, cuando estuve de servir... Uno de los amos Recaldes...»

Terminan «Los Sangurimas» con dos cuentos en que el ala sombría del drama vuela sobre sus protagonistas: *Shishi la Chiva* y *Calor de Yunca*.

En el primero hay una apretada emoción. Un indiecito presiente que sus padres le van a llevar su chiva. El hambre los obliga a vender esta compañera amable del indiecito. Este tiene una hermana y la mata para que los padres la lleven a vender. Es el drama del hambre y de la miseria de la montaña.

Shishi, la chiva pasa a ser un atormentado símbolo de ese cúmulo de miserias y de explotaciones que aplastan al indio.

De la Cuadra remata admirablemente su obra con *Calor de Yunca*. El calor exalta ahí la sensualidad de José Tiberiades que termina por cometer un incesto con su hermana Refugio.

Así son todos los personajes de *De la Cuadra*. Unos cometen incestos, otros mueren sombríamente, los de más allá son carne de miseria y de explotación por obra del mayoral y del cura. Un indio dice en un relato a propósito de una mujer: «Dizque amo cura quiso dormirla, y la Lucha no se dejó...» En ese «quiso dormirla» late toda la existencia de estas mujeres pintadas por *De la Cuadra*. Sus vidas ruedan entre la servidumbre doméstica en que pierden la virginidad y el matrimonio que las aplasta y embrutece junto a un marido borracho y que las apalea.

Esta literatura no tiene refinamientos ni floripondios retóricos. Es una salida humana y dolorosa que la nueva sensibilidad ha buscado para expresar la gran desesperanza de un pueblo. No puede, pues, ser gustada por aquellos críticos majaderos que exigen al arte un refinamiento y un preciosismo que se halla tan lejano de las almas primitivas de los montuvios y yungas.

*De la Cuadra* significa en la novela americana de este momento un hermoso ejemplo de realismo veraz, de interés dramático y de sinceridad artística. Con su reciente libro se coloca reciamente al lado de Azuela, de Icaza, de Robleto, de Antonio García, de Aguilera Malta; de Pareja Diez Canseco y de otros espíritus que amasan sus obras con las más puras esencias de nuestra dolorosa realidad.—RICARDO A. LATCHAM.



CHARCA EN LA SELVA, por *Fernando Santiván Ercilla*, 1934.

Mientras permaneció allá en el sur, *Fernando Santiván*, por lo menos aparentemente, no sintió gran inquietud por publicar libros. Recordamos, y de esto hace ya años, que en una ocasión en que nos encontrábamos en casa de *Mariano Latorre*, estaba ahí *Santiván*, que había venido por unos días a *Santiago*.